

## *Invitados al Reino de los cielos*

Dios quiere reinar en la historia de la humanidad. Como creador, es Señor de la historia humana, que ha sido sometida a la esclavitud del pecado y del demonio. El Verbo hecho carne, Jesucristo nuestro Señor, es el centro de la historia, porque ha venido a reorientar lo que estaba perdido y, una vez restaurado, llevarlo de nuevo a Dios. El reinado de Dios en la historia de los hombres se completará cuando Cristo entregue a su Padre toda su obra realizada. “El último enemigo aniquilado será la muerte” (1Co 15,26). Y toda la creación, incluso la materia de nuestra carne, será transfigurada por la resurrección.

En el centro de la predicación de Jesús está la predicación sobre el Reino, expresada sobre todo en las parábolas. Pero ese Reino no es la utopía marxista, a la que llegaríamos por la lucha de clases, no es un paraíso terrenal en el que se establecería un bienestar inagotable, al estilo de las sociedades más desarrolladas. El Reino de Dios es un don gratuito de Dios, al que somos invitados para comprometer nuestra vida por entero. El Reino de Dios se identifica con la persona de Jesús. Él es el cumplimiento de las promesas de Dios, que han alentado la esperanza de la humanidad en la espera de que Dios reine definitivamente. Y Él es el anticipo de lo que Dios hará con toda la humanidad, llevándonos a la plenitud de la filiación divina y transformando este mundo en el cielo nuevo y la tierra nueva.

Por eso, este Reino reclama ante todo la conversión personal, una actitud profunda del corazón. No es cuestión primeramente de cambio de estructuras, sino de cambio del corazón de cada uno de los que son llamados. Hombres nuevos harán un mundo nuevo, y serán capaces de cambiar las estructuras que haya que cambiar, si ellos han sido transformados previamente.

Jesús se hace pregonero de este Reino de Dios, el Reino de los cielos, y busca personas concretas que le sigan. Desde el primer momento, Jesús ha pensado en su Iglesia, y por eso ha llamado a los apóstoles para constituirlos en fundamento visible de su Reino. No les propone en primer lugar un programa. Les invita a vivir con él, a compartir su suerte, a ser sus amigos. En el centro del Reino está la persona de Cristo. Les enseña con su propia vida el programa de las bienaventuranzas. Ellos inmediatamente dejaron las redes y le siguieron. Con la llamada de los primeros discípulos, Jesús está poniendo los cimientos de su Iglesia. Será la Iglesia la que prolongue en el tiempo ese Reino de Dios presente en Jesús para llevarlo a su consumación en la gloria.

+ *Demetrio Fernández, obispo de Tarazona*  
27.01.2008